

Los de arriba y los de abajo

Mireya Escalante

“Las estructuras de pecado deben caer a golpes de sinceridad evangélica, de audacia cristiana, a golpes de revolución social”

Estas palabras son de un hombre cuya actitud me ha impactado y al que, aun sin conocerle, admiro mucho y muy profundamente porque creo que Pastores de esa pasta son los que necesitamos. Me refiero a Don Pedro Casaldáliga, Obispo brasileño.

Ojalá estas líneas sean un poco “golpe de sinceridad evangélica” para contribuir a derribar esas estructuras de pecado, en este hoy en el que vivimos, que está por demás abarrotado de mentiras, engaños, robos, corrupciones, muertes...

Quisiera hablar de un pequeño poblado de tan sólo unas 150 casas, regadas en un cerro de esos que por su inestabilidad y por sus condiciones precarias de servicios, los urbanistas y planificadores pintan con una mancha marrón y le ponen un letrero: “A REUBICAR”.

Es un *loma* cualquiera, de una ciudad cualquiera; sus habitantes, como cualquiera, la suben y bajan diariamente, porque arriba está el rancho, la familia, la comida; y abajo está la ciudad con todo lo que ésta tiene, la ciudad se ve bella desde arriba, pero bella para nosotros que la vemos con nuestros ojos. Quisiera por un momento que la viésemos con los verdaderos y auténticos ojos, los ojos de los que viven ahí arriba.

No soy ni poetisa ni escritora, aunque me gustaría mucho serlo, para poder transmitirles una experiencia vivida durante los días de la Semana Santa y que me permitió ver las cosas con esos ojos; una experiencia que no pude, anímicamente hablando, expresarla hasta ahora.

No hice nada que no hayan hecho tal vez otros muchos: “Cogí mis peroles y me fui pa’ la Loma”.

Lo hice en un momento, por así decirlo, bueno: después de tener ya más de seis años de contactos donde se compartían luchas, logros y sinsabores en la vida del Barrio.

Fue un largo camino de seis años en los que hay hitos que lo señalan: la celebración triunfal por el mayor de los logros, el agua, fruto de un esfuerzo comunitario. Otros hitos, otros logros, marcan ese largo camino: al tender la vista contemplamos escalinatas, luces, basurero, ampliación de la escuela; cosas con las que ni se hubiera podido soñar al inicio de la ‘caminada’, cuando se fundó una de las primeras Asociaciones de Vecinos que se legalizaban en la ciudad.

En un recodo de ese camino surgió la idea de luchar juntos, de aprender juntos, de compartir; fue creciendo cada vez más y al fin nace una pequeña comunidad de “Amigos Unidos”, sí, así de simple y profundo es su nombre: “Amigos Unidos”.

Es un grupo pequeño pero con mucha solidez y buenas raíces, en el que en ese caminar, se comparten alegrías, tristezas, chismes, oraciones y, sobre todo, la Palabra de Dios. Como la “Flor sin defensa” que narra el libro de Carlos Mesters y que un día alguien puso en mis manos. Como el mismo autor escribe: “sen-

tí el perfume de una idea ligera que el pueblo soltó frente a mí. Como perro de casa intenté rastrearla hasta llegar, si fuera posible, a la casa donde mora la flor que soltó ese perfume”.

Esa idea ligera iba delante de mí en ese camino. Lo que pasa es que para rastrearla le pesan a uno todas esas cosas que se llevan de la ciudad que está abajo.

Cuando uno comienza a andar, comienza a sentir cosas difíciles de expresar.

He oído algunas que pueden ayudar a expresar lo que se siente. Unas muy cargadas de sentido, como la de aquel Obispo, evangelizador por excelencia, que repetía: “Los pobres me han evangelizado”. Otras me suenan más a expresiones literarias: “opción preferencial por los pobres”, a la que le añaden una serie de apellidos y explicaciones que parecieran restarle importancia a lo que se ha dicho o escrito. Pero ninguna frase, por bonita que sea, puede expresar lo que descubrí con esos ojos prestados.

Ese camino que estamos transitando juntos, “amigos unidos”, me ha enseñado mucho más que cualquier libro. Me ha hecho ver la vida con todas sus dimensiones y detalles.

Al escuchar la Palabra de Dios, sentados juntos, mientras afuera la lluvia empapaba la tierra, sintiéndome como una más de la familia, me parecía que ese fue verdaderamente el ambiente en el que fueran pronunciadas originalmente.

Al compartir el pan o unas galletas con el tradicional cafecito, me sentía impregnada de un “sacramento de Amor”. Si aquello no era un “sacramento” creo no haber entendido nada de lo que es un sacramento.

No quisiera dar la imagen de una belleza idílica. No lo es. Es una belleza cargada de tosquedades y asperezas, de situaciones de vida que nos cuesta tanto entender a los de abajo; una belleza en donde a veces el licor juega malas pasadas, donde las necesidades pueden ser superiores a cualquier virtud.

Pero es que también, por mucho que queramos idealizar a los amigos de Jesús, no fueron ni mejores ni peores que estos otros sus amigos de La Loma.

Por eso cuando, después de ese caminar juntos, me sentí aceptada como uno más de la familia, a la que no se le oculta nada ni se le vende una imagen diferente de la realidad, me dispuse a subir.

Repito que es imposible relatar en estas líneas la experiencia vivida. Hay algo que me impactó muy especialmente y que podría resumir en una frase que en esos días me martilleaba en la cabeza. Una frase también de Don Pedro: “Hay una miseria que oprime y una pobreza que libera”. Lo que vi y viví fue una miseria opresora: la condición de no-hombres en la que hemos obligado a vivir a los de arriba, los de abajo.

Se palpa algo así como una crueldad en las relaciones que los de abajo somos incapaces de percibirla hasta que no la vivimos. En su gran mayoría las mujeres del barrio trabajan en casa de los de abajo; y los hombres son obreros de la construcción y lo que precisamente construyen son las casas de abajo. Mientras lo que

los de arriba tienen es hacinamiento y no un hogar. Todo lo que ellos ven, limpian, cuidan, cortan, construyen, lavan, durante toda la semana, no les pertenece, no son cosas suyas y suben arriba conscientes de que nunca podrán poseerlas.

Cuando uno estando arriba ve, por ejemplo, en una cocina estrecha y oscura, —con muy poca comida por cierto— una baldosa rota en una esquina, sabe que son las sobras de una casa de los de abajo y siente, vive, respira, come lo que es la injusticia.

Cuando oyes a las mujeres, mientras lavan en sus ranchos de arriba, comentar y echar de menos los productos que diariamente usan para mantener bien limpia, olorosa y cuidada la ropa de las señoras de abajo, es cuando de verdad se entienden las expresiones de María de Nazareth: “derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes”.

Pero también tristemente debo decir, con golpes de sinceridad evangélica, que como Iglesia no hemos contribuido mucho a liberarlos de esa condición de sub-hombres, de no-hombres. Más aún, a veces como con una casi enfermiza posición, nos empeñamos en aparecer ante sus ojos como los “benditos de Dios”, como los diferentes y especiales.

La mayoría de los que arriba habitan vienen del campo. Allí celebraban los días santos con muchos ritos y tradiciones tal vez no tan liberadoras; mantenían creencias y tabúes mágicos, pero los celebraban en un ambiente fraternal. Cuando paseaban sus santos se sentían orgullosos de sus imágenes mayores o más bellas que las de otros pueblitos. Pero ahora en este mundo hostil “de los de arriba y de los de abajo” ya no hay procesiones. Permanecen los temores y tabúes y se les hunde cada vez más en esa miseria opresora. Lo pude constatar porque fui a la Misa que dijo el sacerdote que sube una vez al mes. Creo que digo bien que “dijo” una Misa, porque con el perdón de los Teólogos y Doctores de la ley, allí no se “celebra” una eucaristía entre una comunidad y su ministro.

Y como ya pedí perdón, aprovecho para ser sincera evangélicamente y denunciar errores que cometemos y con los que hacemos más mal que bien. En la homilía el sacerdote intentó explicar a un auditorio ya cansado porque había tenido la paciencia de esperarlo por más de dos horas, qué era la “sustancia” y los “nuevos accidentes”. (No fui la única que no entendió nada). Hay que reconocer que el sacerdote nos advirtió que el tema era difícil: “Les voy a decir algo que yo sé que como ustedes son gente sencilla no van a entender pero que tengo que explicar porque eso es una de las cosas que se celebra en este día de Jueves Santo”.

¡Qué equivocada estaba yo, que creía que lo que se celebraba era la institución del sacramento del amor de Jesús al Padre y de la entrega de Jesús, por ese amor al Padre, a sus hermanos los hombres...!

Sí hubo un “compartir” (?) en la Misa. Fue al acabar, como el



clímax de todo lo conversado y explicado. En el salón había como unos 15 adultos y unos 20 niños de todas las edades. El Padre había traído cuatro cajas forradas que eran el obsequio de los de abajo para los de arriba. Las entregó escogiendo de los asistentes a los que veía más pobres, explicándoles que comprendieran que las cajas traían ahora menos, porque las cosas habían subido de precio.

Después de ver el contenido de las cajas podría asegurar que las limosnas recogidas en las bandejas hubieran alcanzado para comprar el contenido de al menos tres de ellas.

Entiendo que no es fácil, pero sentí en carne propia y me di cuenta de que un pueblo tan golpeado por la situación que hoy vive, no encuentre en el seno de la comunidad Iglesia, la posibilidad de compartir y de sentirse hijos de Dios.

Como contraste podría contar que durante el resto de los días santos pude constatar cómo existe la inclinación natural de un pueblo que sufre, de buscar consuelo

en la Palabra de Dios, como tantos otros pueblos de la historia; pude entender cómo la “letra” cobra vida a partir de un hecho relatado o de una experiencia vivida, y cómo poco a poco se iba interpretando la vida con la ayuda de la Biblia.

Ese Viernes Santos fueron muchos los “cristos” crucificados que vi y oí; fueron muchas las angustias compartidas por la falta de comida y leche, por el ataque y encarcelamiento injusto a una de los miembros de “amigos unidos” a quien golpearon entre dos mujeres y que inexplicablemente fue detenida juntamente con las dos que la golpearon, por venganza al no querer “cuadrarse” políticamente con el Prefecto.

Pero no hay cruz sin resurrección. Lo contaron con lágrimas en los ojos: cuando las presas de la cárcel, solidarias con la herida y golpeada quisieron violar a una de las atacantes, la que lo impidió fue la que horas antes en el cerro había sido pateada en la cara mientras la otra la agarraba... ¡Nace el hombre nuevo cada día!

Hubo luz y resurrección también cuando 12 adolescentes entre 11 y 15 años, renuentes al Catecismo por no saber leer, me pidieron que yo los preparara, porque querían hacer la Primera Comunión, y querían pertenecer a “amigos unidos”.

No podía imaginarme, al finalizar esos días, que no sólo la politiquería persigue y teme a “amigos unidos” porque quieren acabar con las organizaciones populares, sino que también reglas y leyes absurdas quieren impedir que unos niños puedan seguir a Jesús. ¡No podía entenderlo! Me lo hizo comprender mi relectura del cuento de la Flor sin defensa:

*“Flor que transformas la sangre en abono,
eres más fuerte que la mano que te corta;
más duradera que la idea que te define;
más nítida que la pintura que retrata tu rostro.
¡Crece en el mundo el miedo hacia ti,
Flor sin defensa!”*